

Comunidad Misionera
Santa Angela de Merici
Parroquia San Pablo
Chiguayante.

LA EXPERIENCIA DE DIOS ORIGEN Y FIN DE LA MISION CRISTIANA

12 de Noviembre de 2006

José Johnson Mardones
josejohnsonm@yahoo.es
www.josejohnsonm.blogspot.com

*"El cristianismo del siglo XXI o será místico o no será"
(Rahner)*

INTRODUCCION.

El presente texto pretende resumir y sistematizar lo que hemos tratado en el retiro del 21 y 22 de Octubre de este año, como una manera de profundizar lo vivido e integrarlo a la vida. El tema que cruzó todo nuestro retiro, fue el de la experiencia de Dios y de la forma de vivirla hoy, desde una perspectiva cristiana. Para ello, separamos nuestro tema en tres partes, que abordaremos ahora de forma más sistemática:

1. La experiencia humana.
2. Jesús nos revela a Dios como Padre.
3. La experiencia de Dios se vive en comunidad.

Vamos a abordar ahora estos tres puntos, siguiendo los apuntes de lo conversado en el retiro, agregando nuevos elementos que permitan una mejor comprensión de lo vivido y reflexionado.

1. LA EXPERIENCIA HUMANA.

El ser humano es para sí mismo una constante pregunta, un dilema, un problema a resolver. La pregunta por el sentido de la propia existencia es una pregunta constante, aunque no siempre hecha de forma explícita. Más de alguna vez nos hemos preguntado sobre nuestra identidad, el sentido de

nuestra vida y de nuestro actuar. La respuesta a esta pregunta nos parece siempre incompleta, siempre deficiente, pero siempre necesaria e inevitable.

Todos hemos experimentado, en algún momento de nuestra existencia, la pregunta sobre el sentido de la misma y sobre la razón de lo que existe y de lo que ocurre. Creemos que la existencia humana tiene un sentido, pero tal sentido no es evidente, sino que la realidad pareciera ser simplemente una sucesión de hechos relacionados, pero sin un propósito de fondo.

La posibilidad de que todo exista sin un motivo de fondo no cabe en el ser humano, sino que anhela una razón para su existencia y para lo que acontece, necesita conocer el motivo de todo y esta necesidad cruza toda su existencia. Frente al mal o al absurdo de la vida, el ser humano se rebela, pues anhela la plenitud y la felicidad, la que siempre pareciera escapársele.

El dilema resulta ser el siguiente: ¿Por qué el ser humano anhela una plenitud y felicidad que nunca ha experimentado?, ¿Por qué cree que todo tiene un sentido si la realidad pareciera mostrar lo contrario?, ¿Por qué se rebela frente a la realidad del mal o de la muerte, si sabe perfectamente que el mal existe y que morirá en algún momento?. A este dilema, que está en el fondo de la pregunta sobre el sentido, se han dado muchas respuestas, desde la religión, la filosofía o la literatura en general, buscando una visión satisfactoria que logre resolver el dilema y dar por contestada la pregunta sobre la existencia humana y su sentido.

La realidad, pues, parece contradecir la idea de un sentido último y definitivo que dé razón de la existencia. Pero aceptar este absurdo absoluto no hace sino volver más angustioso aún el dilema. Si la realidad no tiene sentido, ¿Por qué el ser humano sigue buscándolo, por qué lo necesita?.

El dilema de un ser limitado e incesario que busca la ilimitud y la necesidad de la existencia, de un ser sometido al cambio y la transformación que busca lo estable y permanente, de un ser mortal que desea la vida en plenitud y felicidad, exige una respuesta, y esa respuesta requiere la revelación de Dios para ser verdadera y plena. Los esfuerzos humanos no alcanzan al fondo del sentido, aunque se aproximan. Sólo Dios, revelado en Jesucristo, puede tener una respuesta definitiva, permanente y verdadera al aparente absurdo de la vida y la necesidad de sentido del ser humano. Pero eso lo veremos más adelante.

Hay que decir primeramente que el ser humano es un ser en relación. Ningún ser humano puede definirse con relación solitaria a sí mismo, sino siempre con relación a algo externo. Tres son las relaciones principales que definen al ser humano. Estas tres relaciones definen y enmarcan la relación consigo mismo, la forma en que nos vemos, actuamos y decidimos.

- Ser en relación con los demás.
- Ser en relación con el mundo.
- Ser en relación con Dios.

En relación con los demás:

Gran parte de lo que pensamos de nosotros mismos depende de lo que los demás nos dicen de nosotros. Dicho de otro modo, lo que pensamos de nosotros necesita ser confirmado por lo que los demás piensan de nosotros. Perder esta relación nos despersonaliza, nos encierra en nuestra propia limitación, haciendo imposible el alcanzar la plenitud. Un primer paso para descubrir el sentido de nuestra existencia es la apertura al otro, el caminar junto a otros.

En relación con el mundo:

Más allá de los otros seres humanos, existe un mundo entero de realidades que marcan nuestra existencia y nuestra forma de ser. No es lo mismo vivir en un campo o en una gran ciudad, y esto marca nuestra propia visión y nuestro camino. La relación con el mundo se da a dos niveles: el tiempo y el espacio, la naturaleza y la historia. Nuestra actitud de apertura a la realidad, al tiempo que vivimos y nuestra relación con la naturaleza y los elementos (dominación, convivencia, indiferencia, etc) son también un camino de descubrimiento de la propia identidad y del propio sentido.

En relación con Dios:

Dando un paso más, el ser humano descubre que su sed de sentido no queda saciada en la relación con los demás y la relación con el mundo, aunque ambas lo acercan a la respuesta. La naturaleza y la historia sigue siendo para él un misterio y por eso el ser humano intuye que hay algo más allá de la realidad, algo más allá de sí mismo, de los otros, del tiempo y la naturaleza, algo que es realmente pleno y estable, algo que da sentido a todo lo demás.

Esta realidad última es lo que llamamos "Dios" o "trascendencia", y es lo que el ser humano busca alcanzar por medio de las religiones. Las religiones permiten expresar este sentido de trascendencia, esta búsqueda de Dios y del sentido último de la existencia, dando un sentido de trascendencia a las relaciones que ya hemos visto, a la relación con los demás y con la naturaleza y la historia.

Las religiones son el esfuerzo más noble del ser humano, donde muestra su mayor altura, aunque es en realidad un esfuerzo triste e impotente. Lo es porque ninguna religión alcanza el misterio con el que busca relacionarse, y la sed de plenitud, aunque ya ha encontrado algunas respuestas, sigue insatisfecha, necesitada de un contacto con esa realidad última, que le permita encontrar el sentido de sí mismo, de su propia identidad y el sentido de lo que ocurre (historia) y existe (naturaleza).

2. JESÚS NOS REVELA A DIOS COMO PADRE.

Hemos visto que a través de la experiencia humana es posible encontrar algunas respuestas sobre la identidad personal y el sentido de la existencia. Sin embargo, estas respuestas no son completas. A partir de esta experiencia, el ser humano intuye la existencia de un ser trascendente que da origen y sentido a todo, incluyendo al ser humano mismo. Las religiones son el esfuerzo humano por alcanzar este ser trascendente, sin alcanzarlo plenamente.

En el texto del decálogo en Ex. 20,1ss, Encontramos las siguientes prohibiciones:

"No tendrás otros dioses delante de mí" (Ex. 20,3).

Si el ser humano intuye que la plenitud no está en ninguna realidad del universo, lo que resulta evidente a sus ojos, ya que todos los seres son incompletos y temporales, no puede darle categoría absoluta a ninguna realidad, no puede entregar su libertad ni su sentido de trascendencia a ninguna creatura, sólo a Dios, que es el único trascendente, la única fuente total de sentido y plenitud.

Absolutizar sistemas, situaciones, personas u objetos de la realidad que el hombre descubre delante de él es idolatría, y va en contra de la razón, ya que no puede darse por absoluto lo que evidentemente no lo es.

"No te harás imagen alguna de lo que hay arriba en los cielos" (Ex. 20,4).

Dios no es accesible para el ser humano, tan sólo puede intuir su existencia y señalar negativamente lo que es (in-nombrarle, in-descriptible, in-finito, etc). Por eso no puede hacerse una imagen de Dios, que obviamente sería una proyección de sí mismo o de la realidad del universo, y no Dios mismo. El ser humano debe abrirse a un Dios que no puede ver, que no puede describir ni someter a sus categorías.

Estas dos negaciones son la base para la apertura a la novedad cristiana. Quien tiene una imagen de Dios y la adora, o quién ha puesto otras realidades delante de Dios, no puede abrirse a la manifestación de Dios en Jesús, pues termina pensando que "su dios" es el Dios único. Esta realidad es más común de lo que parece, y por eso las palabras del decálogo permanecen vigentes hasta hoy.

Todos tenemos una imagen de lo que es Dios, esto es inevitable. Estos mandamientos nos recuerdan que debemos estar dispuestos a abandonar nuestra imagen cuando no se ajusta a la realidad de Dios, estar siempre abiertos a descubrir que Dios es más que todo lo que podemos decir de El. Pero ¿Cómo saber cómo es Dios, si no se le puede ver?

Juan, en el prólogo de su evangelio, señala esta realidad: *"a Dios nadie lo ha visto jamás: el Hijo Unico, que está en el seno del Padre, el lo ha revelado"* (Jn. 1,18). En el origen del cristianismo no hay una religión, unos valores, o una filosofía, sino un acontecimiento: Dios nos ha salido al encuentro, se ha hecho visible, en Jesús.

El Dios que no se puede ver ni representar, ese misterio que el ser humano intuye sin encontrar, le ha salido al encuentro en un ser humano concreto. En Jesús, Dios se ha vuelto tocable, abrazable, se ha hecho Emanuel, Dios con nosotros, cercano y real, accesible. Con El, la plenitud del sentido de la existencia y de la propia identidad del ser humano se ha hecho real y cercana, en un encuentro fraterno y verdadero. Esto lo recuerda el Concilio Vaticano II al señalar que:

"En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado (...) Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación" (Gaudium et Spes, 22)

Al afirmar que Jesús es verdadero Dios y verdadero Hombre, que en El se ha dado la plena y definitiva manifestación de Dios, el cristianismo afirma que a través de Jesús podemos ver a Dios:

"Le dice Felipe: «Señor, muéstranos al Padre y eso nos basta». Le dice Jesús: «¿Tánto tiempo llevo con ustedes y no me conoces, Felipe? El que me ha visto a mí ha visto al Padre»" (Jn. 14,8-9a)

Esto no quiere decir que debemos sobreponer a Jesús nuestra imagen de Dios, sino que debemos comprender a Dios a partir de Jesús. Jesús no es como es Dios, sino Dios es como es Jesús. Pero ¿Cómo es el Dios que Jesús nos muestra, qué imagen de Dios nos transmite?. Vamos a hacer una pequeña síntesis a partir de las palabras y acciones de Jesús.

- Es un Dios cercano ,perocupado de nuestras necesidades (cf. Mt.6,25-24)
- Nos cuida y está atento a lo que nos ocurre (cf. Mt. 10,28-31)
- Se revela a los sencillos, a través de su Hijo (cf. Mt. 11,25-27)
- Es compasivo, se preocupa por salirnos al encuentro (cf.Mt.18,12-14)
- Es compasivo con todos, modelo a imitar por los creyentes(cf. Lc.6,32-36)
- Se hace presente para aliviar nuestro sufrimiento(cf. Lc.7,11-16)
- No margina a nadie, sino que actúa por las obras buenas de todos, creyentes y no creyentes(cf. Mc. 9,38-40)
- Es un Padre bueno, que da a sus hijos lo que necesitan(cf. Lc. 11,9-13)
- Es un padre misericordioso, que escucha y acoge a sus hijos(cf. Lc. 15,11-31)
- Acoge a quien reconoce su pecado y su necesidad de salvación (cf. Lc. 18,9-14)
- Ha amado el mundo con todo, enviando al Hijo para que alcancemos la plenitud (cf. Jn 3, 16-17)

- Se le adora en Espíritu y Verdad, no está encerrado en una institución religiosa(cf. Jn.4,21-24)
- Las acciones de Jesús son imitación de la acción de Dios Padre(cf. Jn.5, 19-20)
- Dios se hace visible y tocable en Jesús Resucitado(cf. Jn. 20, 25-30)

La experiencia cristiana de Dios no nace de una teoría, sino del encuentro con una persona real y concreta, de carne y hueso, Jesús de Nazareth. Sólo a través de El podemos descubrir quién es Dios en realidad, quiénes somos nosotros y cuál es el sentido de nuestra existencia.

La sed de plenitud, la búsqueda de sentido y los anhelos profundos del corazón humano encuentran respuesta en el encuentro con Jesús, encuentro inesperado y fascinante, pleno y vivificador. Entonces nos surge la pregunta que abre nuestro siguiente momento de reflexión: ¿Cómo encontrarme con Jesús hoy?.

3. LA EXPERIENCIA DE DIOS SE VIVE EN COMUNIDAD

Hemos señalado que es en el encuentro con Jesús donde podemos encontrar la plenitud de sentido de nuestra existencia, la respuesta que colme los anhelos de nuestro corazón, nuestra sed de plenitud y felicidad. Fue la experiencia de los discípulos, de Mateo en su mesa de impuestos, de Pedro en la orilla del lago, de Zaqueo arriba del árbol. Ellos se encontraron con una persona concreta, y en esa persona descubrieron la presencia de Dios y la respuesta a sus inquietudes.

Tal es el método que Dios eligió para revelarse, el de hacerse "Dios con nosotros" en Jesús. Pero si Jesús ya no está entre nosotros como un hombre concreto, si no me puedo encontrar con El en una esquina, significaría que Dios ha cambiado de método y la única vía para acceder a El es el recuerdo, y por lo mismo, la nostalgia.

La clave para resolver este problema es la resurrección. El hecho que Jesús ha resucitado hace posible que siga presente, visible y palpable entre nosotros. Es lo que señala Juan al decir: *"les anunciamos lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y lo que tocaron nuestras manos, acerca de la Palabra de Vida"* (1Jn. 1,1.). Si Jesús no resucitó, entonces sólo podemos recordarlo y nuestra situación es la misma, incluso peor, que antes de la encarnación,

pues nuevamente no podríamos acceder a la realidad de Dios, y sería peor porque sabríamos que algunos tuvieron la "suerte" de encontrarlo, suerte que no nos tocó a nosotros. Es lo que Pablo dice al confesar: *"Si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra predicación, y vana nuestra fe... y somos los más desagraciados de los hombres"* (1Co. 15,14.19).

Entonces, ¿Cómo podemos encontrar a Cristo hoy?. La clave está en entender la encarnación como revelación de Dios. Si Dios se ha revelado al encarnarse en Jesús, entonces sólo se le puede encontrar en una realidad encarnada, en uno o varios seres humanos reales y concretos, que estén en conexión con el hecho histórico de Jesús. Esta realidad humana concreta que continúa la presencia encarnada de Dios es la comunidad de los discípulos de Jesús, la Iglesia.

¿Y cómo sabemos que eso es así, que la presencia de Cristo resucitado continúa en la Iglesia?. Simplemente, porque Jesús mismo se identifica con la comunidad de sus discípulos, incluso durante su actividad terrena: *"Quien a ustedes oye, a mí me oye"* (Lc. 10,16) y también luego de su resurrección, como en el caso de la conversión de Pablo: *"Saulo, Saulo, ¿Por qué me persigues?. El (Pablo) preguntó: ¿Quién eres, Señor?. Y él le dice: Yo soy Jesús, a quien tú persigues"* (He. 9,4-5). Para Jesús, oír a sus discípulos es oírlo a El, recibir a un discípulo es recibirlo a El, perseguir a sus discípulos es perseguirlo a El.

Debemos abandonar la imagen de la Iglesia como una especie de "fundación" que propaga la enseñanza de Jesús luego de su muerte, sino entenderla como la continuidad histórica de la pres

virgen; diariamente viene a nosotros El mismo en humilde apariencia; diariamente desciende del Padre al altar en manos del sacerdote. Y como se mostró a los santos apóstoles en carne verdadera, así también ahora se nos muestra a nosotros en el pan consagrado. Y lo mismo que ellos con la vista corporal veían solamente su carne, pero con los ojos que contemplan espiritualmente creían que El era Dios, así también nosotros, al con los ojos corporales el pan y el vino, veamos y creamos firmemente que es su santísimo cuerpo y sangre vivo y verdadero. Y de esta manera está siempre el Señor con sus fieles, como El mismo dice: Vean que yo estoy con ustedes hasta la consumación del mundo” (Admoniciones.1,16-22)

Esta presencia de Cristo entre nosotros se expresa de diversas maneras, entre las que podemos mencionar:

- **Las comunidades** que se reúnen en torno a Jesús, que comparten su fe y su esperanza. Comunidades de personas reales y concretas, con su pecado e infidelidad, pero con la certeza de experimentar a Cristo vivo entre ellos, y de ser testigos de esa presencia para el mundo.
- **La Palabra de Dios** leída en la Iglesia, como testimonio de la experiencia de los primeros creyentes, y como espejo para mirar nuestra propia experiencia y purificarla y hacerla más plena.
- **Los sacramentos** como el espacio para encontrar a Jesús que nos sigue sanando, perdonando, hablando y viviendo entre nosotros.
- **La pastoral** como el espacio para compartir y experimentar la experiencia de Jesús Resucitado, buscando vivir esta experiencia con mayor conciencia y dar un mejor testimonio de ella.
- **La Tradición** de los Apóstoles, que transmite el testimonio de Jesús a toda la humanidad y la historia, a través de testigos confiables que nos relatan lo que Dios hizo en Jesús y lo que ha hecho en ellos y en nosotros.
- **Los gestos y acciones** de la Iglesia buscan expresar la presencia de Cristo hoy y dar testimonio de ella.

Esta es la razón de ser de la Iglesia y no otra: prolongar a todas las edades la presencia de Cristo Resucitado, su acción y su Palabra.

Nuestro grupo busca ser también expresión de esta razón de ser de la Iglesia, concretando en nuestra forma de ser lo que es común a todos los creyentes, testimoniando también nosotros la experiencia de encuentro con Cristo que hemos vivido y haciendo posible, a través de nosotros, que otros tengan la posibilidad de este encuentro.

BIBLIOGRAFIA

- BIBLIA DE JERUSALEN LATINOAMERICANA. Descleé de Brower. Bilbao, España, 2003.-
- SAN FRANCISCO DE ASIS. Escritos, Biografías, Documentos de la época. Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid, 1980.
- CONCILIO VATICANO II. Constituciones, decretos, declaraciones, legislación postconciliar. Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1966.
- GIUSSIANI L. Porqué la Iglesia. Volumen I.